

CIELO GONZÁLEZ

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

Mis ojos se abrieron, sin embargo, faltaba una parte de mí, faltaban mis piernas, aunque las pudiera ver. Así como cuando nací faltaban mis oídos y mi boca, aunque siempre han estado allí y pudiera verlos. Ese día mis ojos se abrieron y con ellos tendría que aprender a romper el silencio.

Durante años rompí el silencio con mi cuerpo porque el silencio del cuerpo no existe: cuando los deseos afloran el cuerpo habla, se eriza... se estremece y grita. Eso hacía con mi cuerpo, yo expresaba música, esa que no podía escuchar, mucho menos cantar con voz propia, pero sí podía expresar con la grandeza de mi cuerpo.

Bailar me permitía ser yo mismo, pero gracias a que no podía oír ni hablar, el único empleo que conseguí para no morir de hambre y que me permitía hacer lo me apasionaba fue en un circo.

La directora, Céu, del Circo da Vida me recibió muy amable al principio, me miraba atentamente y en ocasiones me acariciaba el rostro y adicionaba un beso en mis labios.

Me sentía feliz de hacer parte de este circo pues durante años fue el mejor de la ciudad, sin embargo, Céu nos presionaba a perfeccionar nuestros actos con acrobacias cada vez más peligrosas. Mi acto consistía en bailar con elementos como cintas, aros, balones... y en ocasiones me incorporaba a los trapecistas pues era como volar sin alas, ¡un sueño hecho realidad! Solo que el ambiente no era el mejor, pues Céu nos obli-

gaba a entrenar más horas y sin descanso. Mis piernas dolían, del cansancio no me paraba del suelo fácilmente. Mis compañeros payasos vivían malhumorados, cuando en un pasado eran los alegres del lugar y para ellos todo era celebración, mas ahora todo era frustración.

Cierto día llegó la directora Céu y por su cara supuse que estaba furiosa. “¡Nunca hacen nada bien! Ustedes van a hacer que me quede sin dinero, sus estupideces ya no tienen gracia. Eso que ustedes hacen ¡es una basura! Muéstrenme qué es lo que han preparado”. Eso leí en los labios de Céu.

De inmediato todos fuimos a nuestras posiciones, aunque los dolores musculares nos impedían poner empeño en los actos. Uno de los trapecistas sufrió dolor mientras intentaba llegar al otro trapecio y cayó sobre uno de los caballos, pero este del susto corrió y estropeó todo lo que había a su paso. Al ver tanto desastre junto, la furia de Céu aumentó.

—¿Y se atreven a llamarse artistas? Ja. Hay miles de personas bajando todos los días de los buses que podrían hacer eso mismo y por menos dinero y ¿qué creen? ¡no notarán la diferencia! Sigán así y no verán ni la sombra de su salario. Cuándo van a entender que lo que le gusta al público es la fantasía, la acción, el peligro... que cada cosa que hagan sea mortal —leí en los labios de Céu.

No satisfecha, se desquitó con los payasos:

.....  
\* Segundo premio del Concurso de Cuento para Bachilleres 2017.

—¡Y ustedes qué miran! Son peor que ellos con sus caras pintadas, no sacan ni una risa. Debería botarlos. Pero estoy segura de que no tendrán alguien que les pague como yo. Más vale que mañana lo hagan bien porque aquí las segundas oportunidades no existen. Pónganse a ensayar que nos queda muy poco tiempo. ¡Lo último que vi es una vergüenza! —dijo Céu y se acercó a mí.

Entre señas trataba de decirme que tenía que utilizar el caballo, pues de ahora en adelante tendría que bailar sobre él. Una vez más me acarició el cuello y luego me guiñó el ojo. La verdad, cada vez que ella hacía eso me asustaba, me causaba repugnancia. Una vez traté de decirle que no me gustaba que me estuviera acariciando y en ocasiones besándome en mi contra, pero ella amenazó con quitarme el empleo; además, si yo la acusaba nadie me entendería y mucho menos iban a creerme.

Me resigné y acaté las órdenes de Céu. Intenté llamar la atención del caballo para poder subir y bailar, sin embargo, no lo lograba. Mientras tanto, leía los labios de mis compañeros equilibristas:

—Lo mejor será abandonar el circo —dijo uno.

—No, podría ser arriesgado —dijo el otro.

—Estoy cansado de trabajar y ganar una miseria. Estos chelines no alcanzan para un mercado decente —dijo un equilibrista.

—Conuerdo contigo, pero tengo muchas deudas, además viene otro niño en camino y tengo que mantener al resto de mi familia —contestó su compañero.

Como trapecios sus decisiones iban y venían.

—Te comprendo. Mi madre está enferma y ahora esta déspota directora pretende que nos matemos para hacerle ganar más dinero mientras nosotros cada día es-

Una vez más me acarició el cuello y luego me guiñó el ojo. La verdad, cada vez que ella hacía eso me asustaba, me causaba repugnancia.

tamos más miserables —decía el equilibrista que saltaba en la cuerda.

Llegó el día de la gran presentación. Céu estaba preocupada por la perfección y nos mandaba de un lado para el otro. Todos hicimos un poco más de lo que siempre hacíamos, hicimos lo que Céu nos había pedido poniendo nuestras propias vidas en peligro.

Llegó mi turno. Logré subirme al caballo con miedo, tuve un dolor en el pecho que me hacía sentir vacío, menos que nadie, con ganas de emitir un grito, pero no había oído en la tierra que lo escuchara. Al estar sobre el caballo mis piernas temblaban. Cerré los ojos, intenté cantar con mi cuerpo, romper el silencio. El caballo empezó a trotar y entre tanto yo daba algunos giros y tocaba música con mis pies. Solo podía pensar en que ya casi iba a terminar; me preparé para el salto final. Y entonces caí. Expresé dolor, no podía gritar. Céu acudió, pero no para ayudarme. “Florentino párate, te están mirando”, me decía. Yo le contesté que no podía. “Que te pares o estarás despedido”, me increpó. No pude más y caí inconsciente; dejé de escucharla porque no recuerdo más de aquel día.

Desperté en este hospital, donde me avisaron que mis piernas no volverían a romper el silencio, no volvería a ser yo. Un silencio se sumaba a mi vida. Llegaron unas enfermeras.

—Buenos días, señor Florentino —dijo una de ellas.

—No te desgastes. Él es sordo —dijo su compañera—. ¿Te enteraste de que el circo que estaba allí se acabó? Todos sus artistas renunciaron, pero su directora salió bien librada pues se forró los bolsillos de dinero ya que su último show fue un éxito. No se sabe nada de su paradero, pues escapó para no tener que pagar por un accidente que ocurrió. Desapareció como palomas en sombrero de mago.

—Ahora entiendo, por eso había unos payasos en la otra esquina alegrando niños. Pero la policía los sacó a la fuerza por in-

vadir el espacio público. Y a los contorsionistas que estaban pidiendo monedas en el semáforo les robaron lo poco que habían logrado recolectar —afirmó la enfermera.

Mientras leía sus labios y me enteraba de la suerte de mis compañeros, una lagrima salía de mi rostro, una profunda tristeza me invadía. En ese instante entendí que el silencio de la mirada no existe porque los ojos sienten... hablan con lágrimas... brillo de alegría... nada se callan.

A partir de ese día rompería el silencio con mis ojos, quedando para siempre en silencio con mi cuerpo. ■■